Año I | Buenos Aires, Octubre 1º de 1902 | Núm. 3

EL GREMIO

Órgano de la Sociedad de Resistencia LA UNIÓN COCHEROS DE BUENOS AIRES

y defensor de los intereses del gremio

SUSCRIPCIÓN

A los socios. gratis.	
A los no socios, semestre	$ 1.50
Número suelto	» 0.10
Número atrasado	» 0.20

Publicación quincenal

No se devuelven los originales

Redacción y Administración
CORRIENTES 989
Unión telefónica núm. 2995 (Avenida)
BUENOS AIRES

ZOLA HA MUERTO!

El Maestro que más alto llevó el pensamiento moderno en la novela contemporánea; el creador infatigable de una obra que es todo un proceso de destrucción y reconstrucción sociales; el luchador que en paginás de oro analizó todas las iniquidades que torturan nuestro cuerpo, atenacean nuestra mente y desgarran nuestra alma; el apóstol que con visión profética señalo á los oprimidos la tierra prometida del Pan y del Amor, de la Libertad y de la Justicia; Emilio Zola, en fin, la personalidad más elevada, más grande y más fulgurante del Arte en el Siglo XIX—ha muerto.

Nadie, puede más que nosotros sentir su muerte; pues Él fué para la causa de los oprimidos un paladín incansable de sus derechos; Él levantó, en pro de los miserables, su voz de protesta contra todas las tiranías y contra todas las explotaciones; Él describió la miseria de los humildes en «Germinal» y «Tierra»; Él pintó de mano maestra los horrores de la guerra en «La Debacle», las explotaciones de los potentes en «L'Argent», la miseria intelectual y la obra nefasta de las religiones en «Lourdes» y «Roma»; Él, justificó, la violencia de los oprimidos en «Germinal», sintetizó el pensamiento moderno en «París», y reconstruyó idealmente en «Trabajo» la sociedad del porvenir, en que único vínculo es el amor, en que único proprietario es el pueblo, en que todos viven en la más hermosa libertad, trabajando como hermanos, para alcanzar la satisfacción de todas sus necesidades.

Y ahora que había proclamado «La Verdad» que se alberga en las mentes libres, el Maestro desaparece!

Pero no; cae el cuerpo, se transforma la materia, la ley inexorable de la naturaleza se cumple, pero el pensamiento de Zola, su pensamiento, que caracteriza á los hombres, vive aun, palpita en nosotros, nos impulsa á la lucha y nos conduce á su realización.

Mañana, cuando la Tierra no sea más un infierno en que los hombres se retuercen torturados por la miseria, Emilio Zola, vivirá más aún que en sus días, pues los hombres viven en sus obras!

LA AGITACIÓN

en pro de la huelga general

Los partidarios de la huelga general no son los cansados esclavos que rehusan sus brazos al patrón, el cual tiene el hábito de explotarlos. No son tampoco los asalariados miserables que buscan el mejor momento y el medio mejor para imponer alguna derrota á la avaricia patronal Ellos son al contrario, los representantes de las ideas más elevadas, combatientes de causas más nobles.

No son más los anticipadamente vencidos, los eternos vencidos en la pequeña y oscura batalla del vaso de tierra roto por el vaso de hierro. Antes del éxito del conflicto cualquiera que sea el resultado, se adivina que ellos serán los vencedores. Ellos podràn emprender nuevamente el trabajo en las condiciones que lo dejaron, podràn hasta emprenderlo con un salario más bajo impuesto por los patrones. Seràn ellos por tanto los vencedores, y los vencedores quizás de la más grande victoria que el proletariado haya, hasta hoy, ganado.

Esta victoria nadie se la ganará, porque es una victoria que ellos han conquistado sobre sí mismos. Es la victoria del trabajador consciente sobre el bruto dócil, sobre la máquina que produce y sufre.

Cuando es limitada á una oficina, á un laboratorio, á una mina, ó también á toda una corporaciòn del mismo oficio, la huelga es una revuelta de oprimidos, una lucha de cuerpo á cuerpo, en la sombra, entre dos enemigos de desigual fuerza, el explotado y el explotador.

Cuando al contrario se extiende á varios oficios, es aceptada por la masa de los trabajadores de todo género y de todo salario, sin una necesidad inmediata, sin oportunidad especial, sin provocación, por el sólo deseo de que ella sea general; la huelga significa la emancipación del trabajo basada sobre el puesto que es debido al trabajo en la sociedad.

Desorganizar la producciòn y atacar las fuentes de la vida, este el fin evidente de toda huelga general. Ahora bien, los trabajadores no pueden concebir semejante proyecto, sin haber antes comprendido que ellos son la vida social misma; que una sola cosa es útil, el trabajo; un sólo ser es útil: el trabajador.

Los que preparan, los que preconizan la huelga general deben saber ésto. Los que siguen tal movimiento deben aprenderlo. Y lo aprenden en las angustias dibujadas en los rostros el día en que abandonan el taller y el laboratorio. Lo aprenden cuando en el país ingrato, contra todo trabajador tranquilo y sin armas, resuelto simplemente à no hacer nada, como es derecho suyo, ellos ven levantarse contra él un hombre armado en acuerdo de guerra con el fusil y la bayoneta en las manos, y la cartuchera rellena.

No hay para el trabajador mejor escuela que esa, que para imponer á los otros el respeto de su trabajo, debe comenzar á conocer él mismo, el precio de este respeto.

Desde que el mundo es mundo, pertenece—de derecho—à quienes lo transforman cada día con su trabajo. Pero en realidad pertenece en vez, á los que lo explotan cada día, á los explotadores. Y estos desde muchos siglos tiemblan temiendo que la gran verdad no se descubra finalmente. Porque saben que aquel dìa marcaría el fin de su dominio. Y velan porque esto no acaezca.

Los que todo hacen no son nada; los que nada hacen son todo. Tal fué y es aún la esencia y el principio de todos los còdigos, de todas las constituciones, de todos los gobiernos. Tal fué y tal es aún la ley de todas las edades, de todos los países, de todos los hombres, la ley del soldado y la ley del obrero que pena para la riqueza de su patrón. Falsas morales y falsas conciencias han sido creadas para acreditar esta mentira. Esta infamia ha sído difundida en todos los escritos hechos para el pueblo. Ella ensucia la boca de los que la hablan. Y el pueblo crèe[illegible].

Los que han [illegible] los fundamentos de una [illegible], que han colocado juntos las piedras, que han levantado los muros, y puesto los tirantes, se dicen: «Nosotros no somos nada, nosotros que hemos hecho ésto, nosotros no somos nada ante el rico que habitará esta casa, y no ha hecho nada».

Los que aran la tierra, los que la espan, la siembran y hacen la cosecha, trillan y almacenan el trigo, se dicen cada dìa después de la nueva fatiga: «Nosotros, nosotros no somos nada ante el ocioso que perturba el fruto de su posesiòn».

Y en toda naciòn, en toda ciudad, la multitud valerosa, la multitud ardiente que cada mañana se lanza á la conquista de la vida y del progreso, la multitud que sufre y suda y que se martiriza y se sacrifica, esa multitud no sabe que es ella misma la sola única nación, la única ciudad. Ella cree, como le ha sido dicho, que la nación, que la ciudad es aquel puñado de ociosos que se embrutecen en los placeres, ò bien algunos imbéciles ambiciosos que se sientan en los consejos de gobierno.

Para mantener la masa en tales buenas disposiciones, se emplea antes de todo la fuerza, el sólo argumento que no tiene réplica. Pero como ninguna empresa basada sobre la violencia no ha durado, los gobernantes que lo saben, emplean aún la persuasión. Y cuando los trabajadores se resuelven á querer demostrar que son «alguien», personas educadas expresamente en todas las astucias y en todas las pillerías saben demostrarles que se engañan.

Cansado de luchar y de trabajar sin ningún proyecto, el pueblo de Roma amotinándose se retiró un día al monte Aventino. Era una huelga general. El cónsul Menenio, delegado cerca de los rebeldes para tentar de convencerlos, les narró la fábula de los miembros y del estómago:

«Vosotros creèis que nosotros no hacemos nada, nosotros los senadores, porque nuestro trabajo como el del estómago del cuerpo humano es un trabajo escondido. Desengañaos. Nosotros somos útiles en algo, y si vosotros, oh ciudadanos, que sois como los brazos y las piernas del cuerpo social, os negáis á nutrirnos, vosotros moriréis como nosotros.»

Aquellos pobres diablos no supieron preguntar al astuto cónsul porque el estómago debería tener derecho á mayores consideraciones y à más nutrición que las otras partes del cuerpo. Ellos no investigaron tampoco si el senador romano, en vez de ser la buena víscera alimentatriz del cuerpo social, no fué quizás el recipiente malsano de la hiel. Convencidos por aquella historieta, los trabajadores romanos volvieron de nuevo à colocarse voluntariamente bajo el yugo.

La historieta, sin embargo, sirve siempre. Algunas veces, aún personas mal vestidas nos demuestran con ella cómo en una sociedad, que marcha bien, los que trabajan màs, deben comer menos. Hay también economistas que como buenos cortesanos han codimentado la pequeña fábula con salsa científica.

Pero hay tambièn trabajadores que no se dejan vendar los ojos con tonterias. Y son éstos los que quieren hacer, los que comienzan á hacer la huelga general. Si algún politicastro, algún patrón ó algún banquero viniese á repetirle la fábula de Menenio, ellos, no lo dudéis, sabràn responder: «Ya que estais seguros de ser indispensables, imitadnos por lo tanto una sola vez, retiraos á vuestra vez á la montaña, hasta que nosotros vengamos á rogaros regresar».

Muchas interrogaciones han sido hechas á propósito de la huelga general. Se ha preguntado si la brusca suspensión de toda producción es cosa posible, si esta suspensiòn no fuese simplemente la revolución. Si las multitudes disciplinadas para concebir semejante acción concorde, no sabrían, antes que esta acción fuera preparada, organizar una sociedad en que todos trabajarìan para todos. ¿Què importan estos particulares? Las cosas acaecerán según los acontecimientos.

El interés de la huelga general no está ahi. Ella tiene un significado por sí misma, fuera de sus medios, de sus resultados, de sus destinos.

El mundo, no se repetirá nunca suficientemente, pertenece á los trabajadores, porque los trabajadores son los únicos de quienes el mundo no puede prescindir. -- Esta verdad es antigua, como el mundo mismo. Ella es verdadera para el pasado que la desconoció, para el presente que la desconoce, y para el porvenir que la aclamará. Los trabajadores son marcados por el trabajo, como por una señal cierta, su triunfo. Pero se necesita que ellos se eleven à la clara conciencia de su valor social, que la noción del trabajo libre, del trabajo soberano, pase del cerebro del teórico al cerebro de ellos, á la voluntad de ellos, es decir donde únicamente ella podrá dar sus opimos frutos.

Ahora no hay ninguna duda de que esta evolución se está cumpliendo, y más pronto que no se cree. La idea de la huelga general. hoy popular, es el indicio seguro. Y he ahí porque esta idea hace pasar sobre nosotros el grande y vivificador soplo de la libertad completa. Ella proclama que el trabajo, el cual ha sido hasta ahora el impulso ciego de una humanidad esclava, comience á hacerse una fuerza consciente, es decir una fuerza capaz de emanciparnos.

CHARLES ALBERT.

SECCIÓN AMENA

Borrachos, histéricos y compañía

¡Vuelta otra vez á *El Zonzo!* Ya recuerdan los lectores que sólo se trata de un microscópico pasquín, dedicado, desde que apareció, á combatir al gremio de cocheros, aunque juran y tornan á jurar que no, que va contra... no saben quien. A falta del autor del suelto «Como engordan», que tantas convulsiones va produciendo ya á los sugetos Bonelli y Cia., *El Zonzo* se las toma con nosotros — lo que equivale á fabricar cañones con la fórmula conocida: se toma un agujero y se pone metal alrededor... ¡Pobres Bonelli y Cia.! Entre el juez que no les ha hecho caso y EL GREMIO, ¡reventados!

La vida es así, pobres Bonelli y Cia. Amarga, melancólica y llena de disgustos. Los buenos... siempre reventados por los ingratos. Hay que tener una fuerte dosis de filosofía, estimadísimos Bonelli y demás, y no identificarse tanto con los caballos. Porque hoy todo trae infortunio! La mayor tristeza de Bonelli y etcétera ya nos imaginamos que proviene de esos perpetradores de artículos que escriben en *El Zonzo*, los cuales le matan á disgustos. ¡Ah, suerte perra! Bonelli busca un escritor y se halla con unos individuos afanosos de solucionar este problema: «cómo me procuraré una botella de anís?»

Véase una prueba; ésto sólo se encuentra en un borracho. En el primer articulejo titulado «Charlatanes» *(¡guardias! ¡á ése!)* dice su perpetrador:

«...en países nuevos *(idiotismo se llama esta figura)*, como éste *(primera vez "éste")*, que no ha tenido *(primera vez "ha tenido")* nunca necesidad de convulsionar al trabajador, porque éste *(segunda vez "éste")* ha tenido *(segunda vez "ha tenido")* siempre los medios para vivir con desahogo»...

Luego, más adelante, dice el mismo escrito, hablando de la Argentina:

«... la época calamitosa que el país atraviesa»...

Y preguntamos: ¿da «siempre» (*"siempre", es vocablo del borracho autor del escrito*) este país para vivir con desahogo, ó tiene *(fuera de "siempre",)* épocas calamitosas?»

Vean los lectores si á los Bonelli y demás les sobra motivos como para estar amargados; no sacan una vez su microscópico pasquinzuelo sin que, zas, dos mil errores de maestro calibre segregue el histérico cerebro del borracho que lo esribe. Para no saber lo que se dice en un artículo hay que estar forzosamente ebrio. Entonces se pierde la memoria y se sufre de algo que los médicos alienistas clasifican de *amnesia* — pérdida de la memoria — lo que da por resultado eso que hemos visto más arriba.

El segundo escrito de *El Zonzo* es de lo que no se encuentra á menudo, por lo sabrosillo. Dice:

....«á falta de guantes nos calamos unos gruesos calcetines (y sucios por ende)....

Bueno: al chiquero con ése...

El tercero, que se apoda «El Cochero», está todo él dedicado á deshacer la solidaridad de la asociación de cocheros.

Dime que Bonelli te paga y te diré lo que escribes.

El cuarto está calcado, al revés, se entiende, sobre el que nosotros hicimos contra *El Zonzo* en nuestra Sección Amena del número anterior.

El quinto... no matar: gime en él Bonelli, para que no lo maten; y cuenta cómo el juez no le hizo caso, demostrándonos que se trata, con dicho juez, de una persona inteligente, que no puede pararse ante ningún gusano, por menos Bonelli que sea.

En todo el número, por fin, no hay «imágenes» ni tampoco «ideas» porque ya no tiene avisos... Todo el pasquín se ocupa, pero malintencionalmente, del periódico nuestro y de la sociedad de cocheros.

¿Qué quiere decir Cristo?

Por último: rogamos á Bonelli que no se canse en su tarea. A nosotros nos interesa mantener esta amena sección, nuestros socios se divierten en grande y... *tutti contenti.*

Hablad, Jueces!...

La ley, como una garra de venganza,
Sobre el banquillo se crispó. Tenía
Aquel ocaso triste de agonía
El sangriento fulgor de la matanza.

La sangre del delito en la balanza
De la justicia gravitó; y, sombría,
Se leyó la sentencia... ¡qué ironía!
Bajo una cruz de amor y de esperanza!

La bestia fué inmolada; y de esa fiesta
Brutal en que sin grito ni protesta,
Unió el crímen al polvo su destino,

Surge al labio esta pregunta ingrata
¿Si en nombre de la ley también se mata
En qué se diferencia el asesino?

Francisco A Riú

LA PAZ
y la felicidad de los pueblos

En la guerra, como en toda cosa humana, todo varía según el espíritu que la impulsa. El dolor, el peligro, la potencia maléfica de la guerra, no dependen tanto de los daños que á las personas y á las cosas ella causa, cuanto del grado de espíritu de predominio y de violencia que puede haber en sus motivos. Una guerra gigantesca, en que perezcan centenares de miles de hombres, en que se destruyan los tesoros acumulados por un pueblo durante un siglo de trabajo tenaz, pero que no nazca y sea llevada á la exasperación por un violento espíritu de predominar, es menos dañosa á una sociedad, es, en último análisis, causa de menor dolor para todos, que una guerra nacida y exasperada por la necesidad prepotente de un grupo humano para oprimir á otro. De aquí el profundo significado moral de esta necesidad de paz, sentida ya en todo el mundo civilizado; de aquí el valor moral y civil de esta vasta propaganda hecha hoy, no sólo por un determinado número de apóstoles entusiastas y concientes, sino también por inumerables apóstoles ignorantes de su propia misión.

Esta necesidad de paz es algo más que una débil exhalación de pequeños deseos románticos de corta respiración; es algo más que el idílico sueño de un mundo de pastorzuelos, corderitos, ninfas y otras semejantes enfermedades teócritas ó virgilianas que sean evitados á los hombres los dolores de las heridas, los peligros de una muerte visienta: esa necesidad sería en tal caso muy pequeña y miserable cosa y nacería de una mezquina ilusión psicológica,—la de creer que los dolores físicos ó la muerte sean los peores dolores. Abolid la guerra ó multiplicadla; la vida quedará aún llena de miles de amarguras; mitigad las costumbres, y á los dolores físicos de la violencia entre hombres y pueblos se sustituirán los dolores morales de tantos contrastes de intereses de pasiones, de ideas.

Si los infinitos dolores humanos son considerados aisladamente, en relación al sufrimiento subjetivo que infrigen al individuo y no en relación á la diversa función final en el juego eterno de la vida, ¿quién puede afirmar que los dolores físicos no sean quizá más tolerables que los dolores morales? que una puñalada, que mata en pocos momentos, no sea casi dulce ante una desilusión que consume á fuego lento, el alma y el cuerpo? El siglo XIX, que ha visto disminuir las guerras, ha visto crecer el número de los suicidas, de los locos, de los enfermos todos: los heridos y los muertos de las así llamadas incruentas batallas del trabajo y la civilización; pero que, por ser incruentas en la acepción material de la palabra, no son menos trágicas, menos bañadas de lágrimas, que las batallas que se combaten con fusiles y cañones.

La moderna necesidad de paz, el creciente odio contra la guerra, tanto en los espíritu magnos, desde Manuel Kant hasta Roberto Ardigó, cuanto en los sencillos espíritus de los obreros concientes que se unen en centenares de miles para afirmar tal necesidad, esta necesidad como este odio son algo más aún: son un esfuerzo hacia la justicia, hacia la transformación de los sentimientos de violencia y predominio en que consiste la verdadera barbarie de la guerra.

El apóstol de la paz es uno de los instrumentos por los cuales se cumple un cambio en la extructura interna de las sociedades: cambio en que consiste la verdadera y grande gloria del siglo XIX y que tiende á actuar en lo vida la justicia. Hay en el mundo un lento movimiento de ideas morales que corresponde á una grandiosa transformación de todas las relaciones sociales, desde las relaciones de la producción y distribución de las riquezas, hasta la actitud respectiva de todos los hombres pertenecientes á diversas sectas religiosas; un movimiento moral que tiende á reasumir el ideal de la vida en esta fórmula: «vivir sin cometer villanías ni prepotencias». El movimiento por la paz es una de las formas que este esfuerzo común hacia la libertad y la justicia va asumiendo en el mundo moderno: una de las formas, si queréis, más ideales, pero también más finas, en medio de muchas tanto más plásticas, pero groseras.

Y así aparece claramente como la propaganda por la paz, colabore á la solución del problema de la felicidad humana. Tomados aisladamente, los dolores humanos se equivalen, los sufrimientos por un país devastado por una guerra no son más acerbos que los de otro país arruinado por una de las varias crisis económicas de la especulación. Pero los dolores humanos dejan de equivalerse, si se considera en que conexión orgánica con otros dolores cada uno de ellos se presenta.

La extenuación de un hombre sano que se ha fatigado hasta el extremo límite de sus fuerzas, puede ser en sí tan dolorosa como la postración general sentida por un moribundo tísico: pero estos dos dolores que en sí se equivalen, no se equivalen más cuando son considerados en relación á los sufrimientos con que el uno y el otro están necesariamente conexos.

También en el mundo de la vida moral y social ciertas formas de dolor están en relación de conexión constante con otras; y establecer esta necesidad de relaciones es una de las más delicadas y arduas investigaciones de la ciencia social, sobre cuyos resultados será posible establecer la aritmética de la felicidad humana. Nosotros entre tanto, con el subsidio de las experiencias del pasado hemos podido llegar á formular estas conclusiones: que la belicosidad se une siempre en toda sociedad á sistemas sociales muy injustos, á un regimén de opresión natural y moral del pueblo, á un odio contra la cultura, al egoismo, á la prepotencia y escasa moralidad de las clases altas, á la incapacidad de instituciones libres; que este conjunto de sufrimientos es el máximo bajo el que un grupo de la estirpe humana puede gemir ó morir.

No basta: los dolores humanos son diferentes en relación á sus funciones en el juego de la vida, y entre los unos y los otros la propaganda por la paz busca disminuir los dolores fecundos de los estériles. Hay dolores que acompañan el génesis de la vida, hay que preceden y anuncian la muerte: fecundos los primeros y estériles los segundos. Por esta razón el apóstol de la paz tiene derecho de no ser mirado como un romántico que se apiada de una especial clase de dolores humanos, considerada por sí sola:—él es un filósofo que quiere utilizarlo en juicio. El dolor, malgrado todo, es una energía, no diré creadora, pero sí estimulatriz; y ya que es ley de nuestra misma naturaleza física y espiritual que la vida debe correr entre alternativas de dolor y placer la suma sabiduría práctica de una sociedad consiste en procurar que el dolor no se produzca en vano, que sirva á lo menos, como un abono, para fertilizar el campo sobre que deben crecer los árboles del placer.

Hoy los dolores de la guerra son casi siempre, no sólo dolores disipados, sino también generadores de otros dolores: mientras los dolores de tanta gente vencida en la lucha por la riqueza y la gloria, de tantas grandes tentativas defraudadas, de tantos esfuerzos que resultaron vanos la vez primera, han amenudo preparado á lo menos, los maravillosos resultados posteriores.

Casi cada grande triunfo de la ciencia del arte, de la política, de la industria han sido preparados por el sacrificio de muchas víctimas ignoradas cuyos nombres al contrario, deberían ser investigados y repetidos con respeto, porque resumen á menudo vidas llenas de sufrimientos inefables, pero que no fueron vanos. Las cenizas de tantas esperanzas desvanecidas, de tantas almas consumadas por terribles engaños ha fecundado maravillosamente el terreno de nuestra civilización; á estas víctimas, más que á las de las guerras, el siglo XIX debió su fuerza y su gloria.

Guillermo Ferrero.

(Traducción de *El Gremio*).

LO QUE PUEDE PRODUCIRSE

He investigado cuánto tiempo y trabajo sería necesario para producir con la maquinaria moderna todo lo necesario para la vida de los 22 millones de habitantes de la nación austriaca. Para toda la producción agrícola se necesitarían 19.500.000 hectáreas de tierra de agricultura y 3 millones de pastoreo. Supuse después que se edificara una casa de cinco piezas para cada familia, y encontré que todas las industrias, agricultura, arquitectura, construcción, harina, azúcar, carbón, hierro, vestidos y productos químicos requieren 615.000 personas empleadas once horas por día durante trescientos días del año, para satisfacer todas las necesidades imaginables de los 22 millones de habitantes.

Esos 615,000 trabajadores, son solamente el 12.3 por 100 de la población apta para el trabajo, excluyendo todas las mujeres y todas las personas menores de 16 años y mayores de 50.

Si en lugar de 615.000 trabajaran los 5 millones de hombres aptos para el trabajo, sólo necesitarían trabajar 36,9 días del año para producir todo

lo necesario para el sostenimiento de la población de Austria. Pero si los 5 millones trabajaran todo el año, es decir 300 días, como probablemente tendrían que hacerlo para tener provisiòn fresca de todas clases, cada cual trabajaría solo una hora 22.5 minutos por día.

Para producir, ademàs, los artículos de lujo, se necesitaría, en números redondos, un millòn de hombres, elegidos como ya se ha dicho, es decir el 20 por 100 de todos los aptos para el trabajo, no contando entre estos ni á las mujeres ni á los menores de 16 ni á los mayores de 50.

Th. Hertska

Miseria y mortalidad

I

Es fácil comprender que malas condiciones de ambiente y de vida, comunes á toda una clase de individuos, ponen à esta clase en una situación muy apta para resistir y desarrollar cierta clase de enfermedades.

Esas causas se combinan, se suman las unas à las otras, actúan paralela ó concurrentemente.

La mala aereación del hogar y del taller producen una respiraciòn insuficiente. La alimentación defectuosa produce un empobrecimiento de la sangre, que se llama anemia. Las sustancias patógenas y tóxicas, tanto más peligrosas por cuanto se absorben en pequeñas dosis y con gran frecuencia alteran el funcionamiento del organismo de una manera tan profunda como insensible para el damnificado. El exceso del trabajo debilita el organismo. Las intemperie y los cambios ràpidos de temperatura ejercen también una acción perniciosa.

Las condiciones higiénicas desfavorables en que se encuentra el obrero, permiten la existencia de dos condiciones favorables al desarrollos de determinadas enfermedades.

1o *El individuo se reduce al estado de menor resistencia.* No es extraño que un individuo que vive en las pésimas condiciones en que vive la clase trabajadora, caiga en un estado de imperiosidad, de miseria fisiológica. El organismo se encuentra en un estado de decadencia capaz de favorecer la aparicion de cualquier enfermedad, y particularmente de las enfermedades infecciosas. La vida, en efecto, se mantiene á cambio de una lucha intensa y continua. El individuo que realiza normalmente sus funciones de nutrición conveniente, podrá resistir bien à los agentes patógenos del ambiente, á las condiciones exteriores. El obrero debilitado, agotado, ofrecerá un terreno de cultura excelente, y los gérmenes patógenos, si llegan á él, prosperarán, se multiplicarán, sin mayor resistencia por parte del organismo invadido.

2° *La facilidad del contagio.* Para el obrero todo favorece la entrada al organismo del gérmen patógeno, del microbio. Està sumergido por sus propias ocupaciones y por sus mismas condiciones de vida en un medio en que esos gérmenes abundan (habitaciones y talleres antihigiénicos). La cohabitación y las aglomeraciones multiplican los contactos con los individuos ya atacados, haciendo fatal el contagio.

Se comprende por ese motivo como es que la clase obrera està expuesta á las enfermedades; mediante ejemplos hechos y estadísticos es fácil demostrarlo.

Pasemos ràpidamente en revista los efectos de las malas condiciones higiénicas sobre la salud del obrero. Los descensos bruscos de temperatura le producen bronquitis agudas ó crónicas, le predisponen à las pleuresias, á las artritis reumáticas, à las enfermedades renales; la mala alimentación y las intoxicaciones alimenticias producen ó exponen á la gastritis; la mala secrecciòn facilita la producción de la tuberculosis; los polvos suspendidos en el aire producen el asma y predisponen á las pneumonías; el exceso de trabajo puede ocasionar lesiones accidentales en el corazón, etc.

Se explica así por que ciertas personas adquieren ó no adquieren una enfermedad contagiosa. La fiebre tifoidea, por ejemplo, será adquirida con más facilidad por un sujeto débil que por un sujeto robusto. Un alcoholista y un atorrante estarán más expuestos á adquirír una pneumonia que un hombre sólido y uno que vive en un ambiente higienicamente calentado (Girode). Antes de la aparición de las ideas microbianas se creia que el tifus era causado por la mala nutrición, la miseria, la aglomeración, la suciedad, (fiebre de famine) actualmente se sabe que esas causas favorecen su desarrollo y propagación (Netter). El cólera es una enfermedad casi monopolizada por el proletariado (Grieninger),etc.

Los barrios pobres son siempre el foco de las epidemias; de una manera endémica, es decir, permanente se producen en ellos casos aislados, hasta el día en que, bajo la influencia de condiciones favorables, la epidemia se reproduce. Es lo que sucede siempre con el sarampión, la escarlatina, la viruela, la difteria, le coqueluche, etc. Las condiciones de contagio que presentan los individuos de la clase obrera son excelentísimas.

Las estadísticas monográficas ponen en evidencia que las muertes por enfermedades infecciosas son mucho mayores en los barrios pobres que en los barrios ricos.

El hombre parado

Aseguro que no soy filósofo.

Ni temperamento melancòlico, ni sangre fria, ni ciencia, ni experiencia tengo para dedicarme à pensar, ó sea, á meterme, como suele decirse, en lo que no me importa. Antes por el contrario, mi sangre es ardorosa, mi humor alegre, mis conocimientos pocos y rutinarios, mi vida laboriosa; pero ayer hice mis reflexiones y meditè, y sentí... por cuenta agena.

Hallé en la calle á un hombre, al cual, en varias ocasiones, hube de encomendar servicios y trabajos que cumplió de buen grado y con mucha diligencia.

—¿Qué se hace amigo Juan?—le dijimos.

—¿Què quiere el señorito que haga? —contestó—hace tres semanas que estoy parado.

—¿Parado?

—Sí señor; parado, sin trabajo, busco por todas partes y no hallo, ¡somos ocho de familia! ¡Señor... ocho!

—¡Pobre Juan!.... verdaderamente eso ha de ser terrible.

No es Juan hombre al cual se le puede facilmente dar una limosna; *cuanto es* humilde para admitir con gusto cualquier trabajo por penoso y rudo que fuese, es de severo y altivo para recibir donaciòn alguna que le reduzca à la condición de mendigo.

¡Un hombre sin trabajo, un hombre parado!... Hay tantos... que, en verdad, no puede estimàrsele como un ser extraordinario. Todos los dìas se nos presentan muchos solicitando trabajo: los tiempos son malos: el dinero circula con lentitud, la mayoría de los negocios juegan con torpeza.... ese caudal volante que, como sangre del cuerpo social sube desde el organismo productor hasta el organismo que consume y luego es savia que se reparte para nutrir todos los puntos... va siendo escaso, y el miedo hace que en algunas partes se estanque y que en otras se debilite y que se produzca una misérrima clorosis. El trabajador, el trabajador es el que primero, y el que con más crueldad, siente los terribles efectos de este terrible mal... ¡la crísis!

¿Qué hacer para salvarle?

¡Cuántas noticias y cuántos detalles aparecen diariamente en los periódicos referentes à la vida de los poderosos, y aún á la de los que no siéndolo logran alguna importancia social ó por virtud de la que tienen en el comercio ò en las direciones de diversas industrias, ò en la política; cuántas noticias se publican á diario sobre insignificantes menudencias de la diaria existencia de estas gentes!...

El precioso vestido color lila de la damisela elegante... el viaje de don Repolludo á las aguas termales... para aliviar su ronquera; el nuevo surtido que de Francia trajo un comerciante, ò las reformas que en la fabricación de macarrones ha adoptado el conocido industrial don Fulano.... de todo esto se habla, ¡nada digamos de las interesantes noticias acerca del gesto, del humor bueno ó malo con que se levanta el Señor Ex-ministro.

Pero detallar la vida del trabajador...; contar sus padecimientos, referir las injusticias de que es víctima; hablar de las nobles aspiraciones que siente en el alma!... ¡de esto no se habla!

Ahora bien: debemos confesar que suelen dedicarle cuatro líneas cuando resulta herido ó muere por la rueda de la fábrica ò por caer desde lo alto de un andamio.

Juan està parado... ¡Un hombre al agua! ¿què supone? que haya un trabajador más *de más*, parado... ¿què importa al mundo?

Blancos y rojos... desde los periódicos ò desde los púlpitos... habrèis hablado de este horrible... aunque vulgarísimo suceso; no olvidéis lo que dijo un ilustre economista: «En un pueblo activo, un hombre, uno sólo, voluntaria ó involuntariamente ocioso, detendrá la marcha del trabajo general... En las sociedades, una actitud no empleada... por insignificante que ella sea, produce la descomposición y la muerte.»

Juan llevaba tres semanas sin ocupaciòn. Contando, contando estos días por panes, por porciones de leguminosas, por porciones de carne, por montoncitos de carbón para el hogar...; contando esto, todo en la casa disminuye ¡y vereis que cuenta de penas os resulta!

Primero se agotó el vasito de vino confortativo para el hombre... y luego la sangre del pequeñuelo... del más chiquitín, en el cual el infantismo destruye las energìas de la vida.

Juan lo decía:

«No hay vida igual, señor, ninguna más tormentosa y ruda...»

¿Se habla de los santos? ¡Viera Vd. la paciencia que *uno tiene*, la penitencia porque uno pasa!...

—Mire como ello ocurre, me dijo el obrero. Prestele suma atención. Juan podría hablar, podía estar tranquilo... puesto que le dijimos y (así es la verdad) que necesitábamos de su trabajo.

Hablò... porque según él, convenía que estas cosas se dijeran.

El primer día, dice *uno* con pena: Ya ha cesado el trabajo... pero tiene *uno* la esperanza de hallarlo... y esto le dà á *uno* firmeza y resistencia. El segundo día... se ha buscado trabajo y vuelve *uno* à casa malhumorado de no hallarlo... Ya á poco à poco se agotan los escasos recursos logrados por los últimos jornales...

La mujer es valerosa, anima con sus excitaciones... ¡¡y hasta ríe de la desgracia!!

¡Hoy me las he arreglado!... Voló mi mantón, dice: ¡¡me espera en la casa de préstamos!!

Todo va adquiriendo las mágicas virtudes del movimiento propio...; el collarcillo ò cadena de *doublé*, el chaquetòn de fiesta... la única migaja... ¡Comemos ropas... devoramos cosas!... pero el viento todo lo va arrebatando, sopla cada vez con más furia y hace un verdadero ciclòn; el arca y la casa quedan vacías.

Aún se atreve *uno* à apelar al fiado... mas luego, poco á poco van obscureciéndose las casas de los tenderos... que al fin todo lo niegan...

¡Qué terrible fiebre consume á un hombre!... ¡Qué sueños, que locuras le alucinan!... Si fuera creyente... tal vez llegue á perder su fé; si sólo tuvo la esperanza en las doctrinas sociales por este ó el otro remedio... llegarán parecerles despreciables todas las teorías.

Los niños lloran; la mujer, ó queda en mortal abatimiento ó se revuelve furiosa... No hay fuego, no hay luz, no hay consuelo... nó!

Las sociedades auxiliadoras no pueden sostener por mucho tiempo el donativo remediador... Las sociedades caritativas... tan sólo de quince en quince días, según se nos ha dicho, dan un bacalado y un puñado de garbanzos.

¿Que vais á decir à este hombre, á este padre de familia... vosotros, filósofos, desde vuestros lujosos burós?... ¿Qué vosotros, cristianos que pagais miles de pesetas por un buen caballo corredor?... ¿Qué vais a decir á ese hombre?... ¿Qué al hombre parado?..

Todos debemos pensar en esto... todos... sean cuales fueran nuestras ideas... ya estemos con Carlos Marx, ya con D. Bosco; las ideas son semillas.. no producen su fruto sino de un modo lento tras de un laborioso cultivo.

Y aqui, en la casa de Juan, hay prisa, el hambre desgasta, la miseria destruye; el hombre parado puede convertirse en un mendigo astuto, corruptor del pueblo ó en furioso protestante... contra todo, todo; loco, vengador ó suicida.

Y aunque esto no ocurriera en tales términos... aunque suponiéndole dotado de una sublimidad de alma ideal... calle y se resigne... y sufra. Dejarà de operarse en él una trans-

formación terrible?.. De hombre parado se convertirá en cadàver.

Un santo más, un mártir màs,... es posible... Posible será... pero aún entonces mayor vergüenza y vilipendio resulta para nosotros... para todos... para todos que lo hemos permitido... todos por comisión ó por omisión «somos asesinos...»

A. Orozco y Muñoz.

EL VAGABUNDO

(CUENTO)

Hacía màs de un mes que Juan Randel andaba de pueblo en pueblo, en busca de trabajo. Tenia veintisiete años, era carpintero de oficio, y no queriendo ser gravoso á su pobre familia, se había visto precisado á abandonar á su pobre país natal, donde no encontraba en qué ocuparse.

Provisto de buenos certificados y con siete francos en el bolsillo partió un día para lejanas tierras, sin que en sus largas excursiones lograse realizar sus nobles propósitos.

En todas partes le contestaban que habían tenido que despedir gente.

Para matar el hambre, ya que no podía ejercer su oficio, fue mozo de cuadra, leñador y pocero, mediante una mòdica retribuciòn que solo obtenía dos ó tres veces por semana.

Hacía diez días que no encontraba trabajo de ninguna especie, y tan solo comia los mendrugos de pan que le daban de limosna.

A la caìda de la tarde, Juan Randel, extenuado de fatiga, hambriento y descalzo, vagaba por un camino, sin saber como podría saciar el voraz apetito de que se hallaba poseìdo.

Tronando contra los que le negaban la protecciòn que demandaba, solía exclamar lleno de indignación:

—¡Miserables! ¡Infames! No sé como dejais morir de hambre à un individuo de vuestra misma especie! ¡No tengo derecho à la vida, puesto que todo el mundo me deja perecer, sin tenderme una mano protectora!

Juan Randel había resuelto regresar á su país, en la creencia de que le sería más facil ocuparse en algo en su pueblo, que en aquellos parajes donde las gentes comenzaban à sospechar de él.

Pasó la noche al aire libre, y á la mañana siguiente se dirigió á un camino muy frecuentado y se sentò sobre una piedra.

Era domingo, y las gentes de las inmediaciones acudían á la primera misa del pueblo atraìdas por el repiqueteo de las campanas.

Al notar Randel la presencia de un sujeto bien vestido y de aspecto bonachón, levantóse de su asiento y dijo al transeunte:

—Hace más de un mes que busco trabajo y no lo encuentro. No llevo ni un cèntimo en el bolsillo.

El individuo á quien se había dirigido, le contestó:

—¿No sabe Vd. que en este pueblo està prohibida la mendicidad? Yo soy el alcalde, y sino se vá Vd. enseguida, no tendré más remedio que hacerle prender.

—No tengo inconveniente en ello dijo el vagabundo—así no me moriré de hambre y tendré donde albergarme.

Al cabo de un cuarto de hora presentáronse dos gendarmes y el carpintero comprendió que venian en su busca.

Uno de ellos adelantò el paso y preguntó á Randel:

—¿Que hace usted aquí?

—Estoy descansando.

—¿De donde viene usted?

—De infinidad de partes.

—¿Y à donde vá?

—Al pueblo de Avaray, mi país natal.

—¿En que se ocupa usted?

—En nada. Busco trabajo.

—¿Tiene usted en regla sus papeles?

—Si, señor. Aquí están.

Siendo que estaban en toda regla, fuéronle devueltos á Randel los documentos relativos à su persona.

—¿Lleva usted dinero?—dijo uno de los gendarmes.

—No señor; ni un centésimo.

—¿Pues de que vive usted?

—De lo que me da la gente.

—Pues en ese caso, se consagra usted à la mendicidad.

—Si señor; cuando puedo.

—Síganos usted.

El carpintero se levantó y dijo:

—Vamos à donde ustedes quieran.

Los gendarmes y Randel se dirigieron al inmediato pueblo, al cual llegaron al cabo de un cuarto de hora.

En la sala del Consejo Municipal, donde sus guardianes lo hicieron entrar, encontró Randel al alcalde sentado ante una mesa, al lado del secretario de la Corporación,

—¡Ah! —esclamò el magistrado. Conque es usted?...

Ya le he advertido que la mendicidad está prohibida en este distrito municipal. ¿Lleva usted documentos de seguridad personal?

—Si señor —contestó uno de los gendarmes—están en toda regla.

—¿Què hacìa Vd. en el camino?

—Buscaba trabajo.

—¿En el camino?

—No podía buscarlo oculto en los bosques.

—Queda Vd. en libertad —repuso el alcalde—pero procure Vd. no reincidir.

—Preferiría que me prendiesen. Estoy muerto de hambre y de cansancio.

—¡Silencio! Acompañen ustedes á ese hombre y déjenlo á doscientos pasos del pueblo.

—Pero, por piedad, que me den antes algún alimento.

—¡No faltaría más que eso!

(Concluirá).

Cada cual con su razón

El periódico "La Unión Cocheros de Buenos Aires" ha publicado en uno de sus últimos números una noticia con respecto á la casa de Iribarne que carece por completo de veracidad.

En primer lugar, no existe ningun peón en aquella casa que pertenezca à tal guardia, porque *todos*, incluso los caballerizos, figuran en nuestra listas de socios; y en segundo que el Sr. Iribarne paga á entera satisfacción de sus empleados, oenrricu odmuchas veces el caso qul. al finalizar el mes han cobrado ya el sueldo que les corresponde. Es decir que hay muchos que cobran más bien por adelantado.

Como para hacer más fehacientes sus asertos indicaban que poseían una carta firmada por dos de aquellos compañeros, debemos darles un *mentís*; á primero por la razones anteriormente expuestas, que todos son socios nuestros, y segundo porque tenemos, *pero de verdad*, una solicitud firmada por dos empleados de aquella casa, en la que nos piden la publicación del presente para manifestar lo contrario.

Por lo tanto debemos advertir á esos *señores* que no *se pasen* en lo sucesivo que cuando hablen en descrèdito de alguien lo hagan con fundamento, porque pudiera resultar que la burra les saliera respondona.

Nosotros somos así: á nuestros mismos compañeros hemos de criticarles si pretenden por puro *capricho ú otras miras más bajas* desacreditar á una persona, aun que se trate de enemigos nuestros.

Cada cual con su razón.

Y con ésto, punto y basta.

EL COMITÉ ADMINISTRATIVO.

Hay que acordarse

Muy poco ó casi nada nos hemos ocupado de nuestros compañeros los caballerizos, estos esclavos del Capital, vìctimas la mayoría de las veces, de la explotación burguesa. Hay patrones que no se acuerdan de que estos compañeros tienen su familia en Europa, y qué también tienen que alimentarse ellos, para reponer el desgaste de fuerzas realizado durante el día y parte de la noche. Pues bien: sucede á estos compañeros que mientras más excesivo es el trabajo que les imponen, más irrisorio es el jornal que reciben. ¿Cual sería el burgues que se conformase con limpiar 1, 8, ó 20 caballos, diarios, y recibir por toda recompensa 50 ó 60 pesos al mes, como, acostumbran á pagar á estos infelices, en muchos establecimientos?

La respuesta nos la imaginamos; se levantaría primero la tapa de los sesos, antes que vivir de esa manera. ¿Y como predicais y sosteneis la doctrina de Cristo, la cual dice, que lo que no quieras para ti, no lo querrás para tu prójimo?

¿Acaso con 60 pesos teneis para pasar un día? ¿Y cómo quiereis obligar á los demás á que pasen un mes ó màs, con dicha cantidad? ¿Es esta vuestra doctrina? Nos direis que para eso sois ricos, que también habeis trabajado y lo habeis ganado con vuestro sudor.

A lo que os contestaremos con un mentís, pues la riqueza lo mismo que la miseria, proviene de la explotación des hombre por el hombre, siendo por lo tanto vuestra doctrina, aquella del famoso Don Juan de Robre, quién fundó un Santo Hospital, pero primero hizo los pobres.

Oficina de Colocación

Ponemos en conocimiento del público en general, que en nuestro local Social, puede conseguir buenos cocheros, lacayos, y caballerizos, sin cobrar comisión; todas son personas de reconocida competencia en el ramo, y con buenas recomendaciones de personas conocidas.

BOYCOTTAGE

La Sociedad Obreros Constructores de instrumentos de Cuerda y Anexos ha declarado el *Boycottage* al establecimiento de los Sres. Nuñez y Cia., situado en la euyo nɔe lac 1628 según manifiestos que se han servido enviarnos, por lo que recomendamos a todos nuestros compañeros que sean aficionados al arte musical, se sirvan en otra cualquier fábrica en señal de solidaridad con dicha asociación, á la que debemos prestarle nuestro concurso y apoyo, tanto moral como material. Que nadie se sirva de esa casa.

No se olviden que sigue el *Boycott* á las fábricas la "Popular" y "Proveedora," un poco de más energía, y el triunfo es seguro. Pidan en todas partes los cigarillos *Germinal* á 10 centavos de la cooperativa de Tabaqueros Unidos.

Gran Tertulia Familiar

El día 10 del próximo Noviembre celebrará esta Sociedad en el Salón de la casa Suiza, calla Rodriguez Peña, una gran función y baile familiar, fiesta que se da como despedida á los compañeros que salen de esta, para la campaña, y á beneficio de los fondos sociales, cuyo interesante programa, será publicado en nuestro próximo numero.

Hacemos saber á los socios, que, verificada la revisación de los boletos no vendidos, de nuestra anterior rifa, han quedado á favor de la Sociedad dos premios los que pertenecen á los floreros y alfiler de corbata. Los aros han sido retirados ya, pero no así el reloj, que pertenece al n.º 9909.

Biblioteca Social

Hacemos saber á nuestro asociados que siendo de tanta utilidad el que se reorganice cuanto antes nuestra biblioteca con libros modernos de Sociología, los compañeros que deseen hacer alguna donación de obras ó folletos, pueden remitirlos á nuestro local social.

Rogamos también á las Sociedades Obreras y grupos, nos remitan las obras ó folletos que editen, para nuestra Biblioteca Social.

AVISO

Sería de desear que los compañeros que forman parte del Comité Administrativo de esta Sociedad, asistiesen á las reuniones con toda puntualidad, y consecutivamente pues hay varios compañeros que no asisten nunca. Es preciso que los que no pueden ocuparse de desempeñar el cargo que se les confió, renuncien, pues otros compañeros los sustituirian pudiendo demostrar mayor actividad, y más amor social. Lo mismo recomendamos á los compañeros intelectuales, no falten á estas reuniones pues parece que estuviesen cansados, ó tal vez se crean estos compañeros que ya está todo hecho. Ahora es cuando más falta hacen todos, pues, tenemos que organizar la federación de rodados, y dar todo el impulso posible á la instrucción. Conque á no faltar.

Suscripción Voluntaria

A favor del compañero José Vidal inutilizado en el trabajo por un accidente casual, dejando en la mayor miseria á una numerosa familia. Los compañeros que deseen contribuir con su óbolo, á aliviar la atribulación de esta familia, diríjanse á la Redacción de este periódico.

Recolectado en nuestro local Social pesos 4,90.

